
Tyler Cowen: “Se acabó la clase media”

A. Bosch, 2014 (276 páginas)*

José M. Domínguez Martínez

En verdad, cuando uno está imbuido en la lectura de alguno de los capítulos de este libro, casi instintivamente tiene que hacer frente a la reacción de comprobar el título en la cubierta. Condicionados por la expectativa de encontrarnos ante un ensayo en el que, desde una minuciosa perspectiva socioeconómica, se analice el tan reiterado anuncio de la extinción de la clase media, la gran atención otorgada a los desarrollos de la inteligencia artificial y a las utilidades que pueden derivarse de la práctica del ajedrez no puede sino generar algunas dudas al respecto.

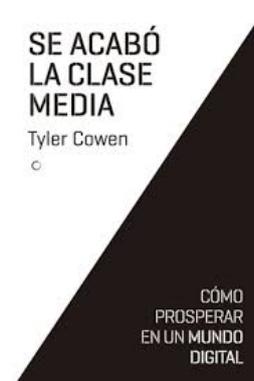
Quizás es una de las grandes lecciones que pueden extraerse de la obra: la enorme influencia que los cambios tecnológicos están y van a seguir teniendo en el mercado de trabajo y en la propia configuración de la sociedad.

El autor, catedrático de Economía en la George Mason University, en el Estado norteamericano de Virginia, parte de constatar una tendencia a la bipolarización del mercado de trabajo, con un claro contraste entre la pérdida de poder adquisitivo real y las tasas de desempleo y subempleo que afectan a algunos colectivos, por un lado, y las elevadas ganancias de las que disfrutaban otras posiciones, por otro. Frente a otras explicaciones preconcebidas muy en boga, Cowen considera que dicha tendencia tiene su origen en fuerzas muy fundamentales y difíciles de contrarrestar: i) la productividad cada vez mayor de las máquinas inteligentes; ii) la globalización económica; iii) la escisión de las economías contemporáneas en sectores muy estancados y sectores muy dinámicos.

El aumento de la capacidad de las máquinas para reemplazar el trabajo humano inteligente está llamado a desempeñar un papel primordial y Cowen no duda en afirmar que nos encontramos actualmente ante la encrucijada de una nueva revolución tecnológica. A medida que las máquinas inteligentes se vuelvan más potentes y más habituales, los beneficiarios más obvios serán aquellos individuos más acostumbrados a trabajar con ordenadores y dispositivos electrónicos.

En el contexto de una economía global, las retribuciones no se distribuirán de forma uniforme ni igualitaria, sino que irán a parar a aquellos factores que escasean: i) terrenos y recursos naturales de calidad; ii) propiedad intelectual o ideas valiosas acerca de lo que habría que producir; iii) trabajo cualificado con conocimientos singulares y/o capacidad para dirigir equipos humanos. En contraposición, la recompensa dineraria tenderá a declinar respecto a aquello que no escasea: i) trabajo no cualificado; ii) dinero consignado en depósitos bancarios o invertido en títulos de deuda pública.

En el seno del mercado de trabajo se dará una creciente polarización hacia los extremos, uno conformado en torno a los puestos de mayor privilegio, reconocimiento y estatus; otro, caracterizado por unas condiciones de precariedad que incluso pueden evocar épocas pretéritas. Entre ambos, el segmento de ingresos medios tenderá a contraerse.



¿Por qué hay tanta gente sin empleo?, se pregunta el autor de la obra reseñada. Cifrándose al caso estadounidense, considera que se ha producido un cambio de carácter estructural, que se manifiesta en un aumento de la población y de la producción, pero con cifras menguantes de puestos de trabajo y de ingresos medios familiares. La economía norteamericana está aprendiendo que, por motivos estructurales, ya no puede permitir tantos puestos de trabajo de salario intermedio como anteriormente. Los ajustes llevados a cabo por las empresas en 2009 nos ponen delante un hecho no muy alentador: el aumento de la productividad se produjo porque se despidió “a un montón de trabajadores que no producían lo suficiente en relación con su remuneración”.

* Versión original: *Average is over*, 2013.

Nos describe, en fin, un panorama conjunto del mercado de trabajo lleno de claroscuros: i) sueldos más altos para los directivos; ii) intensificación del énfasis en la ética en el lugar de trabajo; iii) mayor demanda de trabajadores meticulosos y disciplinados; iv) acentuación de la desigualdad en la cima; v) grandes ingresos para la élite cognitiva; vi) elevado número de trabajadores 'freelance' en el sector servicios; vii) tiempos difíciles para quienes no tengan demasiada formación.

Además de dedicar abundantes páginas para ilustrar cómo el ajedrez puede ayudar a entender la interacción entre el desarrollo tecnológico y la humanidad, así como los cambios inducidos por el uso de las nuevas tecnologías, realiza una serie de interesantes reflexiones acerca de las consecuencias de la expansión del comercio internacional y de los flujos migratorios. Recurre a un elenco de argumentos bastante sólidos para sostener la rotunda opinión de que a ninguno de esos factores puede atribuirse el origen de los males de la economía estadounidense.

También las repercusiones de las nuevas tecnologías en los métodos de enseñanza atraen la atención del autor, que vaticina que, a largo plazo, los profesores habrán de convertirse en *"algo más parecido a motivadores y misioneros"*.

En otro de los diversos registros del libro le toca luego el turno a la evolución de la ciencia, cada vez menos asequible y cada vez más necesitada de un esfuerzo cooperativo. Por lo que respecta a la ciencia económica, su diagnóstico apunta hacia una gran abundancia de información y una estructura teórica relativamente débil. Barrunta que las máquinas acabarán usurpando todas o la mayoría de las funciones del economista y resalta el papel de quienes sean capaces de evaluar y adaptar para su transmisión la producción que generen otros.

El último capítulo, duodécimo, está encabezado por un significativo interrogante: *"¿Un nuevo contrato social?"*. En él, el autor no se muestra complaciente y, en un análisis desgarrado, aborda las causas de la crisis fiscal del Estado. A pesar de esa intención, él mismo nos advierte de que *"también veremos muchas más de las hipocresías más difundidas en la actualidad"*, sustentadas en dobles discursos hacia el interior y hacia el exterior. En su opinión, *"cuando se trata de valores –y de lo que la gente realmente cree en sus vidas cotidianas– la diferencia entre conservadores y progresistas no es ni de lejos tan grande como a primera vista podría parecer"*.

Dentro de tales coordenadas, hace un repaso de la sostenibilidad del Estado del bienestar. Considera que no es probable que pueda esperarse un gran incremento de la fiscalidad sobre los ricos, cuyo número estima se va a incrementar, así como su influencia. Por otro lado, recuerda que algunas

medidas impositivas sobre los estratos superiores pueden acabar impactando –como consecuencia de los procesos ligados a la incidencia fiscal– sobre los salarios de estratos inferiores. El margen de actuación sobre los programas de prestaciones sociales se ve, a su vez, restringido por la influencia electoral de los colectivos afectados.

Concluye que, en cualquier caso, *"el altruismo del sector público tendrá forzosamente que disminuir... No es una cuestión ideológica, sino de números"*. Presta luego atención al papel que pueden jugar las políticas del mercado de la vivienda para proveer viviendas de bajo coste que puedan compensar los menores ingresos de algunos colectivos. En un país descentralizado, la disponibilidad de distintas combinaciones de obligaciones impositivas y servicios públicos tiene una gran relevancia a la hora de la localización geográfica de las familias.

Después de atender a todas las argumentaciones del autor y de cotejar los sombríos vaticinios que se vierten a lo largo de la obra, sería quizás un tanto ingenuo confiar en que, en la recta final, nos mostrara un panorama más luminoso. No es así. La obra finaliza sin concesiones a la galería. Antes al contrario, reitera de manera descarnada que en el futuro, aunque habrá más personas ricas que nunca, también habrá gente más pobre: *"En vez de equilibrar nuestro presupuesto con impuestos más elevados o menos prestaciones, permitiremos que los salarios reales de muchos trabajadores descendan y, por tanto, permitiremos que se cree una nueva clase marginal. Realmente no lograremos saber cómo poder evitarlo"*.

Sin embargo, por diversas razones sociológicas y psicológicas, se atreve a pronosticar que se tratará de una época sorprendentemente pacífica: *"Incluso podríamos echar la vista hacia delante, hacia un tiempo en el que la diversión barata o gratuita abunde tanto que evoque un poco la utopía comunista de Karl Marx, si bien originada por el capitalismo. Esa es la auténtica luz al final del túnel"*. Luz que se nos antoja no demasiado reconfortante y un tanto escasa para sustentar una sociedad verdaderamente libre y cohesionada.